

cosmogonía, y dos poemas a los ríos Cauca y Magdalena. Se trata de una decisión que puede o no compartirse, pero lo que sigue es algo que ya entra en el intento de crear una mitología: los compiladores intentan crear una especie de corriente secreta de la literatura colombiana y declaran la obra de García Márquez y la de Aurelio Arturo descendiente de los koguis (pág. 9) y ven la poesía social de autores como Jorge Zalamea, Darío Samper o Carlos Castro Saavedra como ecos del *Canto de solidaridad* kuna (pág. 11).

Lo anterior, es una de las curiosas arbitrariedades interpretativas que a veces aparecen en la antología que abarca 186 textos —es claro que hubieran podido ser menos— y que hace un recorrido algo desordenado por la poesía colombiana tratando, en algunas ocasiones, de reconstruir la historia y la geografía nacional y en otras desviándose para incluir uno u otro texto que a los compiladores les pareció interesante.

RODRIGO ZULETA

De amores y mucho más

Del amor, del olvido.

Antología temática

Darío Jaramillo Agudelo

Luna Libros, Colección Creación, Bogotá, 2009, 106 págs.

La última edición de la obra poética de Darío Jaramillo Agudelo es una antología que gira en torno a diferentes formas del amor: al amor mismo, a su ausencia, a su imposibilidad. Es a partir de esta temática que el autor estructura el libro en seis partes. La primera, Poemas de amor, con catorce poemas del libro *Poemas de amor*¹ (1986); la segunda, Amores imposibles, con veintiún poemas del libro *Cantar por cantar*² (2001); la tercera, Cuaderno para olvidar, con dos poemas de *Del ojo*

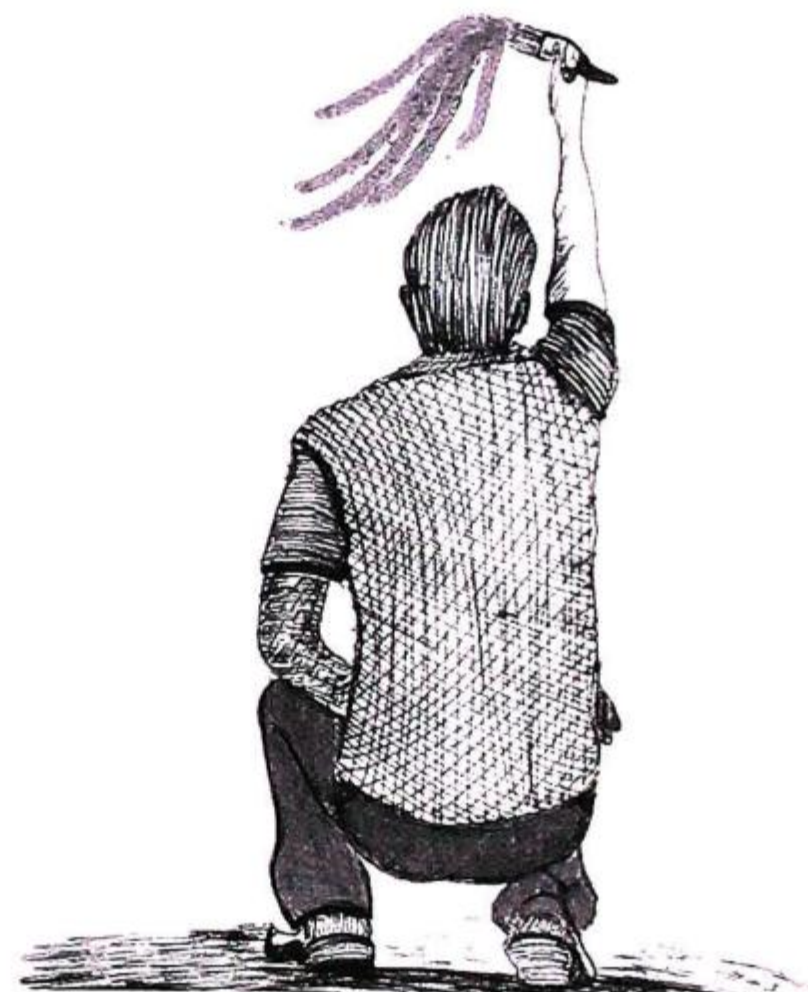
a la lengua³ (1995), uno de *Tratado de retórica*⁴ (Premio Nacional de Poesía Eduardo Cote Lamus, 1977), dos de *Cartas cruzadas*, y cinco poemas inéditos; la cuarta, Apariciones, con seis poemas del libro *Cantar por cantar*; la quinta, Encuentros, con siete poemas también del libro *Cantar por cantar*; y la sexta, Some present moments of the future, con dos extensos poemas de *Cuadernos de música*⁵ (2008). Prácticamente una muestra de toda su poesía, exceptuando aquella publicada en *Historias*⁶ (1974); y en *Gatos*⁷ (2005).

La antología comienza en el verso “Ese otro que también me habita”⁸. No se trata solo del verso que abre la antología, ni tampoco del verso ganador del concurso “El mejor verso de amor de la poesía colombiana”. Sus implicaciones, así como las del poema completo, van mucho más allá:

Ese otro que también me habita,
acaso propietario, invasor quizás o
[exiliado en este cuerpo
ajeno o de ambos,
ese otro a quien temo e ignoro,
[felino o ángel,
ese otro que está solo siempre que
[estoy solo, ave o demonio
esa sombra de piedra que ha
[crecido en mi adentro y en mi
afuera,
eco o palabra, esa voz que
[responde cuando me preguntan
algo,
el dueño de mi embrollo, el
[pesimista y el melancólico y el
inmotivadamente alegre,
ese otro,
también te ama.
[pág. 9]

En Colombia constatamos, al votar por este poema en el concurso que lideró la Casa de Poesía Silva, la presencia de un espacio para reconocernos, en el ámbito individual, como seres múltiples. ¡Qué paradoja! Lo uno y lo otro, como dijera Octavio Paz. El “yo poético” se hace presente en los doce primeros versos del poema: es “ese otro”, que se abre y se cierra en múltiples y desconcertantes aristas, como si se tratara de

un juego de cajas chinas; de cada una de ellas va saliendo un ser que logra plasmar su incoherencia, su enajenamiento, el reconocimiento de su ambivalencia y ambigüedad. Es así como le permite a quien lee el poema encontrar las palabras para reconocerse en esa misma incoherencia. El poema consta de una sola frase, que en doce versos nos muestra al “yo poético”, colmado de fuerza expresiva. En un ritmo que va en picada, estamos a la espera, desde el primer verso, de saber qué pasa con esa frase que está en el aire, y no termina. Hasta que termina, en el treceavo verso, dando cuenta de un amor pleno.



La antología termina con dos versiones de *Some present moments of the future*. Se trata de dos poemas que encarnan la espera del ser que se ama, desde doce horas antes del momento de la cita, hasta llegar al encuentro en horas que van de dos en dos. Hay un tono coloquial que encontramos raramente en este libro: “/ Faltan doce horas para nuestra cita. /”. Versos fluidos contienen el deseo, la anticipación del roce de pieles, de juegos de amor, de erotismo. El segundo poema de esta parte es menos coloquio, y más juego: el de la cita hecha realidad. Termina en un pequeño verso de tres sílabas, “/ duremos /”, que contiene toda la eternidad que ya había anunciado tan solo unos versos antes.

La apuesta entre estos poemas que abren y cierran la antología en el aspecto temático, por el amor: por decirlo primero, y al final por encarnarlo. En el medio, por conjurar en la página en blanco los amores pasados, y llevarlos al lugar del olvido; por jugar con los amores imposibles, hasta casi dominarlos; por hacer presentes los fantasmas, hasta hacerlos aparecer; por darle cabida en el poema a las maneras de materializar en el lenguaje el erotismo. Pero además, la apuesta en este libro es también formal: ¿desde qué formas poéticas hacer realidad ese recorrido temático? Aludir a estas dos apuestas será el propósito de la presente reseña.



De la poesía de Jaramillo Agudelo se ha dicho que es conversacional; que usa los registros del lenguaje coloquial, del lenguaje informal de la vida diaria, en contraposición al lenguaje propiamente literario. Creemos que esta afirmación es válida para algunos poemas de esta antología, a los cuales aludiremos más adelante. En cambio la palabra *conversacional* describe el lenguaje que Jaramillo Agudelo utiliza en su libro *Historias*, el cual quedó por fuera de la presente antología. Sin embargo, nos detendremos en él porque nos servirá de contraste para entender aquellos poemas que sí fueron escogidos, y para valorar unos versos que ameritarían mejor suerte. En los versos que reúne bajo el título “Instrucciones para escribir un poema”, ilustrativo de este libro, alude a la palabra *instrucción* como si fuera posible dar las normas para “fabricar” un verso. Y al final del

poema, después de veinticinco versos libres en toda la extensión de la palabra (libres de rima, libres de número de sílabas, libres de estrofas), de la manera más olímpica le dice a quien lo escucha: “Hasta aquí tenemos ya un soneto, / razón por la cual es mejor no seguir/ adelante”. ¡Un soneto! (“[...] catorce endecasílabos que van dispuestos en el orden sucesivo de dos cuartetos y dos tercetos, con rima independiente [...]”⁹), cuando justamente ha hecho lo que ha querido, no solo con el número de sílabas y la composición, sino con el lenguaje y con el tono: es el de alguien que te da un consejo, así, de pasada, sin preocuparse de nada más. Juan Camilo Acevedo define ese tono como “desparpajado”, y lo describe así:

[...] sus poemas tienen una voz propia, una voz personal, una voz de una sinceridad metálica, una voz escueta pero profundamente musical. Los poemas de Jaramillo son las cartas del poeta. El tono de sus poemas, es el tono de las memorias, de la confesión. Siempre existe un interlocutor al que se dirige el poema [...] ¹⁰.

Ya desde 1988, Rafael Arráiz Lucca no solo había definido el tono de la poesía de Jaramillo como “conversacional”¹¹, sino que al definirlo como tal, lo había inscrito en la corriente que lleva este mismo nombre. Tal vez no sea por casualidad que Jaramillo Agudelo le colocara como título al libro que contiene estos versos la palabra *historias*, entendida a nuestro modo de ver como aquello se cuenta, simplemente, sin preocupaciones trascendentales, sin filosofías existencialistas sobre el destino del hombre, sin protestas o reivindicaciones sociales. Porque habla desde el yo coloquial: “Uno debería aprovechar la poesía [...]” (pág. 15), “Uno a veces se vuelve trascendental [...]”, y termina aludiendo a Radio Santa Fe, al fútbol, a los cómics (pág. 17), “[...] No olvides el día que descubriste [...]” (pág. 25), “Siempre quisiste comenzar por el / principio [...]” (pág. 29), “No sé si a ustedes les pasa que se cansan

[...]” (pág. 33), “Recuerda usted, querido señor, esas / películas [...]” (pág. 39). Pero además, de este libro, hay que rescatar el poema *La visita de Margarita Cueto a Medellín en 1969*. No solo porque haremos un paralelo con el poema *Libro de aventuras* de la antología que en verdad nos ocupa, sino porque materializa el poder del lenguaje, para crear una atmósfera inmaterial capaz de borrar de la faz de la tierra cualquier lamento que alimente vigiliadas y noches de espera. Esto solo podrá entenderlo quien haya tenido que padecer las canciones de Margarita Cueto, quien las haya aprendido y repetido aún sin quererlo.



En la primera parte de la *Antología temática*, Poemas de amor, y en la segunda, Amores imposibles, encontramos un lenguaje depurado, contenido, mesurado: tanto en la extensión de los poemas, como en el uso de imágenes o la utilización misma del lenguaje: no más de dos o tres frases por poema, casi siempre desarticuladas. Los poemas comienzan por cualquier parte de la frase, no sabemos dónde estamos, ni lo que ocurre en esos lugares que aluden a otros lugares, de posibilidades que aluden a otras, como si se tratara de colas sin cabeza, de frases sin sujetos. Y es en estas dos partes donde encontramos el recurso de la reiteración llevado a su máxima expresión. Pero es importante acla-

rar que no por tratarse de un recurso utilizado desde la poesía oral más antigua, como ayuda mnemotécnica básicamente en aquellos cantos de largo aliento, diremos que estamos en el terreno de lo conversacional. No. Aquí es más elaborado. En algunos casos la reiteración actúa como columna vertebral de un grupo de versos; pero en otros, la reiteración es su mismo cuerpo. Tal es el caso del poema doce de la primera parte:

Todo tuyo siempre todavía.
Tuyo todo por siempre hasta hoy y
[luego,
tuyo siempre porque para ser lo
[necesito,
siempre todo tuyo,
siempre aunque siempre nunca
[sea,
todo íntegro tuyo siempre y hasta
[ahora
más el próximo nuevo instante
[cada vez.
[...]
[pág. 21]



Cabe resaltar, además, de la primera parte, los poemas cuatro y siete, que fluyen de tal manera, que podrían ser descritos con la palabra *levedad*: “/ Algún día te escribiré un poema que no mencione el aire ni / la noche; / un poema que omita los nombres de las flores, [...] /” (pág. 12).

En la segunda parte, Amores imposibles, se ocupa de estos amores, utilizando la reiteración como juegos de palabras que se deslizan en el campo semántico de las palabras *posible* e *imposible*, como si tratara de conjurar al mismo tiempo el amor y el olvido:

Un amor imposible es el más feliz
[de los amores.
O puede serlo.
Basta que nunca creas que es
[posible un amor imposible
y esto hará la felicidad del amor
[imposible.
Puede que seas el amor imposible
[de tu amor imposible.
Pero esto es un milagro.
[pág. 30]

Alude a estos amores como eternos, seguros, cómodos, disponibles, generosos, y crea música a partir de la reiteración de esas mismas palabras con las cuales los expresa. Se trata de amores sin olor, sin voz, sin distancia, que se invocan, se guardan, se resguardan, dándole sentido a la misma soledad. De manera que el canto se desplaza del ser amado, a esos amores que pueden resguardarnos de él, quitándoles corporeidad. De estos amores también se ocupa en la cuarta parte del libro, Apariciones. Y colocamos a un mismo nivel estos últimos poemas, entre aquellos que le cantan al amor imposible, porque al final de cuentas los destellos, los fantasmas, y las iluminaciones hacen de igual modo parte de esos amores imposibles. El poeta encarna, entonces, más que un amor, el concepto de amor imposible. Además del juego de palabras, encontramos en estos versos mesura: las palabras no sobran, no faltan. Están puestas allí para servirnos de “[...] guía de conocimiento o como una vía de emoción”, retomando las palabras que Jaramillo Agudelo utiliza en la entrevista que le concede a Mario Jursich¹² cuando se refiere al oficio de escribir poesía. Conocimiento de los amores imposibles, emoción de poder contar con ellos. No hay traiciones, reclamos. Hay contención, sobre todo, en el mane-

jo de la temática. Pero los amores imposibles, a pesar de haber sido descritos como cómodos (poema 8), benéficos (poema 14), curativos (poema 15), serenos (poema 18), se tornan inquietantes en el último poema (poema 21): “[...] / Los amores imposibles / —es tan evidente que siempre lo olvido— / son partes de ese mundo imposible / que es mi mundo verdadero. /” (pág. 50).

En la tercera parte del libro, Cuadernos para olvidar, que empieza con el poema *Te vas volviendo olvidado* es claro que el “yo poético” aún no ha olvidado. Certeza que tenemos al leer el mismo título en tres poemas más. Recurre a las coplas, a rimas muy precisas, al verso libre, al verso métrico: todo esfuerzo pareciera inútil. Pero hay un poema, *Libro de aventuras*, que se sale por completo del manejo que le da a la poesía, no solo en esta parte, sino en todo el libro. En él recurre, como en el poema de la visita de Margarita Cueto a Medellín, a la magia del lenguaje para deshacer entuertos, y a lo maravilloso de poder hacerlo. También, a la certeza del método:

Para estos casos, uno se abre el
[corazón. Y no se trata de
metáforas.
Toma las pociones mágicas y se
[extiende sobre el suelo.
La cabeza debe estar en dirección
[al lugar por donde el sol
se va
y todo el cuerpo en reposo.
En el instante preciso que usted
[bien conoce
debe recitar la fórmula secreta, con
[la mente, sin que los
labios la profanen.
El bisturí actuará sobre el pecho
[recorriendo el tatuaje de
Silva y, en instantes,
el corazón será visible.
Por esta razón se recomienda no
[fumar.
Entonces, se necesita tino para
[agarrar el vacío que se esconde
al lado y ya no adentro del
[corazón.
Se trata de desalojar algo que el
[corazón expulsó y que yace
ahí, a su lado,

algo invisible que no deja
[acomodar el corazón.
Saldrán una inasible burbuja de
[hastío, los humores
enfermizos de las noches de
[espera y los celos,
el aliento de las mentiras, la
[pestilencia de las iras contenidas,
los restos del deseo y de las
[ansias.
Se aconseja mantener abiertas las
[ventanas
para que todo se disuelva entre los
[vientos de la noche y no
envenene a nadie.
Antiguas fórmulas obligaban a
[extraer el corazón para pasarlo
por aceite hirviendo.
Ahora sabemos que lo esencial es
[la vigilia, que lo esencial es
la fórmula secreta. Y colocar la
[cabeza etcétera.
Sea fiel a los ritos. Olvido
[garantizado.
Hay que advertir que seguirán
[momentos duros,
que el dolor perdurará algunas
[semanas y que tendrá síntomas
de adicto.
Todo esto es parte de la cura.
Van a desaparecer las manchas de
[la piel, las erupciones.
Esto significa que el cuerpo estaba
[habitado a unos venenos,
que el alma agonizaba.
Y la resurrección es lenta.
Olvido garantizado.
[págs. 61-62]

Como vemos, el poeta no escatima para presentar su método, en ironía, en humor, y en un frío y calculado realismo. La certidumbre que nos dan estos versos se establece a partir de un lenguaje al mismo tiempo coloquial y preciso. También de un lenguaje que fluye sin ataduras de ningún tipo: ni formales, ni tampoco conceptuales. Habla alguien que conoce el ritual, no hay duda; alguien que nos garantiza la idoneidad del procedimiento, como quien garantiza cualquier mercancía. Poema que también reconforta. Nos hace creer que es posible por medios físicos, extraer el dolor de la ausencia y, al hacerlo, nos permite creer que es posible igualmente conjurar cual-

quier dolor del alma, como si se tratara de un dolor que pudiéramos extraer con solo seguir la fórmula.



La penúltima parte de la Antología, Encuentros, está compuesta de poemas de muy pocos versos que oscilan entre siete y tres:

Afuera el frío viento
el ocre del sol en el crepúsculo,
el azul de un solo tono en todo
[el cielo,
y tú lejos,
y tú lejos.
[pág. 83]

En este caso el poeta le da un nuevo manejo al recurso de la reiteración, al repetir el mismo verso, dos veces.

En el poema Conjuro, que precede la sexta y última parte del libro, Some present moments of the future, terminaremos el recorrido que nos hemos propuesto de *Del amor, del olvido*:

Que el azar me lleve hasta tu
[orilla,
ola o viento, que tome tu rumbo,
que hasta ti llegue y te venza mi
[ternura.
[pág. 89]

Las apuestas temáticas que el autor se hace van más allá del amor, del olvido, de los amores imposibles: quienes lean estos poemas encontrarán versos en los que se expresan además la ternura, los juegos de

amor, el erotismo. A través de reiteraciones de sonidos, de palabras, de versos, de ironía, de humor, de formas muy tradicionales, de formas novedosas. Como en una paleta, el autor escoge una muestra de lo que ha sido su oficio de ser poeta a lo largo de treinta y cinco años y la hace accesible al público lector: desde el primer poema está la preocupación de Jaramillo Agudelo por encontrar la forma poética, el lenguaje, el tono para su poesía; o diremos más bien que desde el primer poema está la preocupación de Jaramillo por trabajar el lenguaje y buscar, en plural, las formas, lenguajes y tonos para sus versos.

BEATRIZ RESTREPO
RESTREPO
Investigadora del CRICCAL

1. Jaramillo Agudelo, Darío, *Poemas de amor*, Fundación Simón y Lola Guberek, Colección Literaria, vol. 17, Medellín, Editorial Lealon, 1986.
2. Jaramillo Agudelo, Darío, *Cantar por cantar*, Valencia, Pre-Textos, 2001.
3. Roda, Juan Antonio; Jaramillo Agudelo, Darío, *Del ojo a la lengua*, 1.ª ed., Bogotá, Arte Dos Gráfico, 1995. Roda, Juan Antonio; Jaramillo Agudelo, Darío, *Del ojo a la lengua*, 2.ª, Bogotá, El Áncora Editores, 1997.
4. Jaramillo Agudelo, Darío, *Tratado de retórica —o de la necesidad de la poesía—*, Cúcuta, Instituto de Cultura y Bellas Artes de Norte de Santander, Colección Casa de la Cultura, 1977. El jurado estuvo compuesto por María Mercedes Carranza, Pedro Gómez Valderrama y Giovanni Quessep.
5. Jaramillo Agudelo, Darío, *Cuadernos de música*, Valencia, Pre-Textos, 2008.
6. Jaramillo Agudelo, Darío, *Historias*, Bogotá, Ediciones La Soga al Cuello, 1974.
7. Jaramillo Agudelo, Darío, *Gatos*, Valencia, Pre-textos, Colección El Pájaro solitario, 2005.
8. Ganador del concurso "El mejor verso de amor de la poesía colombiana", auspiciado por la Casa de Poesía Silva, en 1989, bajo el título "Poema de amor I".
9. Baehr, Rudolf, *Manual de versificación española* (trad. y adaptac. K. Wagner y F. López Estrada), Madrid, Editorial Gredos, Biblioteca Románica Hispánica, 1969.
10. Acevedo, Juan Camilo, *Revista Piedepágina*, Bogotá, abril de 2007, pág. 40.
11. Jaramillo Agudelo, Darío, *Antología poética* (prólogo de Rafael Arráiz

Lucca), Caracas, Monte Ávila Latinoamericana, C. A., Colección Altazor, 1988.

12. La Estafeta del Viento, revista de poesía de la Casa de América, segunda época, edición digital, actualizada el 4 de marzo de 2009.

Nueva antología de una vez singularísima

Érase mi alma. Antología

Giovanni Quessep

Universidad de Antioquia, Medellín, 2009, 244 págs.

Ya no son pocas las ediciones que podemos encontrar de la obra de Giovanni Quessep. Ha habido desde hace un tiempo considerable casi que unanimidad en torno a su obra. También ediciones de editoriales privadas y públicas en Colombia que lo celebran; no pasa como hace unos veinte o treinta años que era un poeta conocido solo por una élite y por sus alumnos de La Divina Comedia, cursos famosos por su conocimiento erudito sobre la obra y por su amor al Dante. Hace poco el Fondo de Cultura Económica hizo una espléndida edición de su obra. Y ahora esta edición de la Universidad de Antioquia, que habrá de llevar al público universitario su poesía, para que su voz sea conocida como una de las más altas de nuestra lírica. Ha hecho bien la Universidad al otorgarle el IX Premio Nacional de Poesía por Reconocimiento a nuestro vate.

Contiene esta publicación un bello prólogo de Santiago Mutis —Un acecho a la poesía de Giovanni Quessep— así como la selección, también hecha por él. Encontramos poemas de todos los libros publicados por el poeta: desde *El ser no es una fábula* (1968), *Duración y leyenda* (1972), pasando por *Canto del extranjero* (1976), *Madrigales de vida y muerte* (1978), *Preludios* (1980), *Muerte de Merlín* (1985), *Un jardín y un desierto* (1993), *Carta*

imaginaria (1998), *El aire sin estrellas* (2000), *Brasa lunar* (2004), hasta llegar a su última producción las *Hojas de la sibila* que abarca los poemas escritos desde 2004 hasta 2006.



Es una voz singularísima la de Quessep. No hay entre los poetas colombianos ninguno a quien se le parezca. Su poesía está hecha de cuentos de hadas, de cantos de príncipes, de alondras encantadas, de castillos medievales, de doncellas en jardines enlunados. Hay en ella trozos de las historias de *Las mil y una noches*, pero también de la *Biblia*, de las distintas tradiciones del imaginar humano, de sus mitos, de las leyendas que habitan los mares, de Odiseo y de Penélope, y también de minotauros y de muchachas desnudas entre los alacranes del trópico.

Es asombrosa esa manera en que los inmigrantes de tantas partes del mundo se han hermanado con estas tierras. Dentro de las muchas migraciones que constituyen nuestra nacionalidad, no ha sido poco lo que la de los sirio-libaneses nos ha aportado. En poesía, ya que estamos hablando de un poeta, son varios los nombres de los hijos de esos inmigrantes que nos han legado su lírica. Podríamos hablar de Meira del Mar, de Raúl Gómez Jattin, de Joaquín Mattos Omar y, por supuesto, y en primerísimo lugar, de Giovanni Quessep. No olvidemos tampoco, en la prosa, al muy entrañable Luis Fayad y su novela *Los parientes de Esther*. Querámoslo o no también en otras disciplinas, distintas a las artes,

contamos con los descendientes de esos hombres que “dejaron junto al mar una tierra con cedros, con olivos” para decirlo con un verso de Meira del Mar. En el periodismo colombiano es fácil reconocer a dos destacados hombres de ese mismo origen y, detrás de las cámaras, en la dirección de cine y de series de televisión, en la actuación, etc., etc., para no entrar en la política, porque llegado ese punto, en más de un caso, ¡corremos el riesgo de salir chamuscados! Bueno, y chóquele a quien le choque, o gústele a quien le guste, ahí está también Shakira, hija de esa colonia, que no por ser exitosa tiene que ser necesariamente mala como suelen creer algunos. Son muchas las cosas que debemos a esa influencia. Desde algunas de las más bellas mansiones de la costa, con su arquitectura que nos recuerda los palacios de la Alhambra, hasta el humilde kibbe, y el suero costeño, un aderezo también de ese origen y que ya es nuestro. Desde antes, desde la invasión de ocho siglos por parte de los moros a España, ya todo en nosotros estaba permeado por esa cultura sabia y antiquísima. Y, por supuesto, la poesía. Oigamos nada más unos versos del autor del *Canto del extranjero* (un poema de los más bellos, misteriosos y musicales que a él le debemos).

ME PIERDE LA CANCIÓN QUE ME DESVELA

¿Quién se ha puesto de veras
a cantar en la noche y a estas
[horas?

¿Quién ha perdido el sueño
y lo busca en la música o la
[sombra?

¿Qué dice esa canción entretejida
de ramas de ciprés por la
[arboleda?

Ay de quien hace su alma de esas
[hojas,
y de esas hojas hace sus quimeras.

¿De dónde vienes madrigal, que
[todo
lo has convertido en encantada
[pena?